

PARTE V

SOLITARIOS DE ARABIA

DESIERTO DE SINA Y DE RAITHA

Santos anacoretas martirizados por los barbaros¹

El monte Sina ó Sinaí en la Arabia pétrea, al norte del mar Rojo, entre los golfos de Suez y de Akabah, ha servido de retiro á un número muy considerable de santos solitarios, pues que se conocen cerca de mil cuatrocientos. Es celebre en la historia monástica, lo mismo que en la sagrada Escritura. En las cercanías de este monte estuvieron acampados los israelitas durante un año, y allí se realizaron la mayor parte de los hechos que se refieren en el Exodo. Los que hacen la descripción de estos lugares dicen que se sube primeramente al monte por un camino muy aspero, abierto en roca viva, y despues se llega á una llanura, rodeada por todas partes de elevadas rocas, y con una extensión de cuatro leguas. Esta llanura es lo que se llama desierto del Sinaí, y la montaña de este nombre se halla en la parte septentrional de ella. Dividese en dos partes; la una constituye el monte Horeb, en que Moises recibió las tablas de la ley, y la otra, que es la que pro-

¹ Procopio, Metafraste, Bivario, Tillemont, Surio, Bulteau.

piamente se llama monte Sinaí, se conoce por los turcos con el nombre de Djebel Mousa, ó montaña de Moises, y Djebel Zor, que es una tercera parte más alta que la otra. Las dos cúspides de estas montañas son muy rectas, sobre todo la del Sinaí, y ocupan poco terreno en su base relativamente á su altura. Ofrece tanta dificultad la subida á ellas, que es preciso darse unos á otros las manos. El emperador Justiniano hizo edificar en la llanura de que hemos hablado, un monasterio que subsiste en la actualidad, y se halla habitado por monjes griegos cismáticos¹. Los solitarios que moraban en él en tiempo de este príncipe, viéndose muy expuestos á los insultos de los sarracenos que venian á rascar sus iglesias y á profanar los santos misterios, le dirigieron una exposición, suplicándole que proveyese á su seguridad. Fué acogida favorablemente, y Justiniano mandó á uno de sus oficiales que se trasladase al Sinaí, y construyese una iglesia y un monasterio dentro del cual se edificó una torre, en que se refugiaban los religiosos, cuando se veian amenazados por alguna irrupción de barbaros. El historiador Procopio dice que el emperador Justiniano hizo edificar en el monte Sina una iglesia bajo la invocación de la santísima Virgen, y un fuerte al que destinó una guarnición, tanto para la seguridad de los religiosos, como para impedir que los sarracenos se extendiesen por la Palestina².

« El desierto de Raitha se halla á dos jornadas del monte Sina, cerca del mar Rojo. Este es el lugar llamado Elita en la sagrada Escritura, y en la época á que nos referimos se conservaban todavía las doce fuentes y las setenta palmeras de que se hace mención. Despues se aumentó considerablemente el número de estas palmeras. La llanura

¹ Se llama monasterio de santa Catalina.

² El monte Sina es hoy Sede arzobispal griega, y su titular reside en el Cairo.

que formaba esta soledad, se extendía á lo largo del mar Rojo, con una anchura de cuatro á cinco leguas, y hallándose limitada al oriente por una cordillera de montañas, cuyos caminos eran casi inaccesibles. El oficial comisionado por Justiniano levantó el monasterio del monte Sinaí, una iglesia en Rolsom ó Rolsem, cerca del mar Rojo, y un monasterio en Raia, que se cree ser el mismo lugar de Raitha.

Es difícil precisar en que tiempo empezaron á ser habitados los desiertos de Sina y Raitha. Bivario opina que lo fueron desde el tiempo de los Apóstoles; pero son de poco valor las pruebas que aduce. Ya hemos dicho en la vida de san Galaccion ¹ y de santa Epistema, su esposa, que se cree fueron martirizados en Emasa, Fenicia, el año de 253, bajo el emperador Decio: que habiendo venido cerca del monte Sina, encontraron diez solitarios, á los cuales se unió Galacción, y que su esposa que habia conservado la virginidad, se unió á otras cuatro mujeres consagradas á Jesucristo. Poseemos una relación de muchos santos religiosos de estos desiertos, con la cual se demuestra que habia solitarios ántes de san Pedro, obispo de Alejandría: puesto que en ella se dice, que, bajo su pontificado, fueron martirizados por los bárbaros, á lo cual es preciso añadir que en Raitha, por la ménos, habia solitarios trece años ántes. La única dificultad que nos queda por resolver. para fijar lo época de los primeros habitantes de estos desiertos, es saber quién fué este Pedro, obispo de Alejandría; si fué el santo de este nombre, que murió por la fé en 311, ó Pedro II que sucedió á san Atanasio en 371: pues los sabios no están de acuerdo en este particular. Pero como esta dificultad cronológica en nada afecta á la verdad de este relato, no nos detendremos en ella:

¹ Surio ha tomado estas actas en Metafraste.

pues poco importa para nuestra edificación espiritual que estos santos hayan sido martirizados algunos años antes ó despues, siempre que el hecho esté comprobado. Lo más cierto que puede decirse sobre la introducción del estado monástico en Arabia, es que, habiendo solitarios en Egipto desde el siglo tercero, fueron algunos de ellos á establecerse en el desierto de Sinaí. De aquí es que, escribiendo el emperador Marciano á los religiosos de Alejandría, les dice que de ellos traian su origen los venerables monasterios del monte Sinaí.

Ammonio, que nos ha trasmitido el relato de los religiosos de que vamos á hablar, era solitario de Canope, cerca de Alejandría, y bajo el pontificado del santo obispo Pedro fué cuando se vió obligado á ocultarse, ya en un lugar ya en otro, para librarse del furor de los enemigos de la Iglesia ¹. Un número muy considerable de fieles se hallaba expuesto, como él, á los insultos de los perseguidares, y Ammonio se vió tan afligido por esta causa, y para no ser testigo de estas violencias, resolvió salir de Egipto, é ir á visitar los santos lugares de Jerusalém. Despues de haber satisfecho su devoción, vino al monte Sinaí para ejercitarse en todo género de virtudes al lado de los santos solitarios que allí habitaban. No podia haber buscado mejores modelos de la perfección religiosa. Estos grandes siervos de Dios, aunque revestidos de un cuerpo mortal y corruptible, llevaban una vida más angélica que humana. Estaban pálidos y secos á causa de la abstinencia: no vivian más que de dátiles y otros frutos silvestres, sin vino, sin aceite y aún sin pan. Sólomente habia este artículo en la celda del superior para darlo á los peregrinos, á quienes asistian con grande caridad. Pasaban toda la semana en-

¹ Con este nombre pueden indicarse los paganos, si se trata de san Pedro mártir, ó los arianos, si se trata de Pedro, sucesor de san Atanasio.

cerrados en sus celdas, y sólomente se reunían en la iglesia el sábado en la tarde para hacer en común la oración de la noche. En la mañana del Domingo recibían la Sagrada Comunión, y después de este alimento celestial volvían al retiro de sus celdas toda la semana. Tal era la vida que estos ángeles de la tierra llevaban bajo la dirección de su superior llamado Dulas, que se distinguía por su paciencia y su dulzura, por lo cual algunos le daban el nombre de Moisés.

Mientras que estos hombres de paz vivían de esta manera, alejados del mundo, glorificando á Dios con sus alabanzas y con la pureza de su vida, vino de pronto un tropel de Sarracenos, el día 28 de diciembre, los cuales, invadiendo la soledad, asesinaron despiadadamente á todos cuantos encontraron en las celdas aisladas. En seguida se dirigieron á la torre de que hemos hablado, y en la que, con otros religiosos de las celdas más inmediatas, se habían refugiado el abad Dulas y Ammonio, que refiere esta historia, y que hacía tiempo había llegado de Palestina. Disponíanse los sarracenos á perseguirlos, y fácil les hubiera sido apoderarse de ellos y tratarlos como á los demás; pero Dios quiso manifestar en esta ocasión que podía librar, cuando así placía á su voluntad, á sus servidores de la persecución de aquellos malvados, por más que, para coronar su paciencia en el cielo, sucumban algunas veces en la tierra á los golpes de la persecución. Para ello hizo aparecer en la cumbre de la montaña una llama prodigiosa, mezclada de humo, que se elevaba hasta las nubes, lo cual causó tanto espanto en aquellos bárbaros, que huyeron precipitadamente abandonando sus armas y sus camellos.

Cuando se hubieron retirado, el abad Dulas, Ammonio y los demás que se habían refugiado en la torre, dieron gracias á Dios por haberles librado de tan grande peligro, y fueron á recorrer las celdas invadidas. Los bárbaros ha-

bían matado á doce religiosos en el monasterio de Gethrabe: en las celdas aisladas había treinta y ocho muertos, é Isaías y Sabas, de los cuales únicamente se han conservado sus nombres, estaban heridos. Isaías espiró poco tiempo después. Se esperaba que Sabas curase; pero este religioso perfecto, que no aspiraba más que á la vida inmortal, dio gracias á Dios, de que le hubiese considerado digno de padecer por la fé, y se lamentaba con lágrimas amargas, de que, habiéndole servido desde la infancia, no le hubiese juzgado digno de ir á gozarle con sus hermanos, y de entrar en el puerto, de que tan cerca se había hallado. Durante tres días continuó pidiéndole que tuviese piedad de él, y que se completase el número misterioso de los cuarenta. Su oración fué oída. Murió al cuarto día, y consumió gloriosamente el año cuadragésimo de su vida.

El mismo día en que estos sucesos acaecían en el desierto de Sina, fué ensangrentado el de Raitha con las crueldades de los Blenmienses. Así lo refirió pocos días después un ismaelita que pasaba á la Palestina, y se supieron los detalles por un religioso escapado de la matauza, que había venido á pedir al abad Dulas refugio en su monasterio. Los solitarios de Raitha eran entonces en número de cuarenta y tres, dispersados en diversas celdas cerca de la montaña que hay al oriente del Sinaí. Tenían una iglesia rodeada de un muro de ladrillo de diez á doce pies de altura, por lo cual se la llamaba el fuerte ó castillo. Pero las armas de estos siervos de Dios no eran otras que la santidad de su vida, las armas de la milicia espiritual, que, según la expresión de san Pablo, hacen triunfar por la paciencia, y cuyas victorias son tanto más brillantes, cuanto más se sufre por amor de Jesucristo.

Vivían casi de la misma manera que los solitarios del desierto de Sina: solamente algunos de ellos comían pan,

que amasaban con trigo de Egipto, que les llevaban los naturales del país á cambio de dátiles y algunos objetos que hacían los mismos solitarios. Reuníanse también los sábados, como los del desierto de Sina; pasaban la noche en oración, y el domingo de mañana celebraban los santos misterios.

Hallábanse consagrados á la oración y á la penitencia, cuando dos hombres que acababan de llegar de la Etiopía, y habían pasado el mar Rojo en una barquilla, vinieron á avisarles que los Blenmienses en número de trescientos, se habían hecho á la mar, y amenazaban desembarcar en sus costas: por lo cual harían bien poniendo á salvo sus vidas y huyendo. Ya hemos visto en la vida de Moisés el Etiope, cuán grande era la crueldad de estos bárbaros. Recorrian el país para apoderarse de todo cuanto hallaban á mano. Pero lo que es aún más terrible; tenían más placer en derramar la sangre de los hombres, que en apoderarse de sus bienes. Y esto, sin duda, es lo que ha dado ocasión á las relaciones fabulosas de algunos historiadores, principalmente de Plinio, que nos los representa como monstruos sin cabeza, y sólomente con ojos y boca en el pecho.

Con estas noticias de su aproximación, pusieron los solitarios centinelas que les avisasen su llegado, y entretanto recurrieron á Dios, pidiéndole que les diese lo que más conviniera para la salvación de su alma. No tardaron mucho tiempo los bárbaros. Los habitantes de Farán, que se hallaban tan amenazados como los solitarios, se pusieron á la defensiva; pero no eran estos más que doscientos, y los enemigos, que eran superiores en número y más aguerridos, no tardaron en aniquilarlos enteramente: pues mataron la tercera parte; pusieron en huida á los demás, y llevaron consigo á las mujeres y niños juntamente con el botín que recogieron.

Se dirigieron en seguida á los santos ermitaños que se habían refugiado en la iglesia, esperando encontrar grandes riquezas. Entretanto, Pablo, su superior, aprovechó el tiempo en animarlos con una exhortación muy fervorosa á aceptar con gozo una ocasión tan propicia para terminar gloriosamente sus trabajos. Les representó la necesidad de someterse á las órdenes de la divina Providencia, y que, muy lejos de temer la muerte, por violenta que fuese, debían más bien considerarla como un precioso beneficio, y recibirla con gozo, puesto que les asociaba á los santos mártires, cuyo ánimo tantas veces habían celebrado, y cuya felicidad envidiaban: que ella les asociaba á Jesucristo, por amor del cual habían renunciado á los placeres del siglo, y abrazado los trabajos de la vida religiosa.

Con este discurso se sintieron todos, aún los más pusilánimes, animados del espíritu de Dios, é inflamados de ardiente caridad. Todos respondieron que se hallaban dispuestos á beber el cáliz de salud, y entónces Pablo, volviéndose al oriente, y con las manos levantadas al cielo, pidió, á Jesucristo que les diese fortaleza en aquel trance supremo, y aceptase el sacrificio de la vida que todos voluntariamente le hacían. Todos respondieron Amen, y al mismo tiempo se oyó del fondo del altar una voz que decía: « Venid á mí todos los que estais fatigados y sufris trabajos: yo os consolaré ». Esta voz les llenó de santo temor, y les dió á conocer que nada debían esperar de esta vida, y que había llegado la hora de emprender su camino al cielo.

En efecto, habiendo escalado los Blenmienses la muralla que les servía de defensa, encontraron al solitario Jere-mías en la puerta de la iglesia, y por medio de un intérprete le preguntaron por el superior. Les dijo con tono resuelto que no se los mostraría, y que no les temía. Esta santa valentía lejos de excitar su admiración, como hu-